

9-30-2010

Joel James Figarola, la mirada y el camino

José Manuel Fernández-Pequeño

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Fernández-Pequeño, José Manuel. 2010. Joel James Figarola, la mirada y el camino. *Revista Surco Sur*, Vol. 1: Iss. 1, 36-39.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.1.1.11>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol1/iss1/13>

This HONRAR, HONRA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Fernández-Pequeño

Joel James Figarola, la mirada y el camino

El Instituto Tecnológico de Santo Domingo ha publicado mi libro de ensayos breves *La mirada en el camino*. El libro está dedicado a Joel James Figarola y a Jorge Luis Hernández. Solo que, cuando lo entregué para su edición, Joel estaba vivo y ahora tengo la conciencia de que llegaré a Santiago de Cuba y no estará esperándome en el salón de protocolo de la Casa del Caribe para ofrecerme una cerveza y hacerme alguna broma pesada sobre el libro. Siempre supe (él, con su actitud, no se cansó de hacerlo saber) que Joel no llegaría a viejo, pero (y justo ahora me doy cuenta) tuve también siempre la secreta esperanza de que, como su vida había sido un cruce único de caminos, un punto mágico de coincidencias, terminaría por convertirse en la formulación que nos salvaría de las crueldades del tiempo y el espacio reales. En fin, tenía la ingenua creencia de que Joel era nuestra *nganga* viviente, la dimensión mítica en que viviríamos para siempre todos los que nos hicimos al camino con él un día. Ya sabemos que no es así, Joel nos ha dejado solos y desvalidos frente a la incertidumbre de la muerte. Hablemos, pues, del camino.

La dedicatoria del libro no era (no es) casual. La mirada en el camino es un intento de "leer" en clave cultural los gestos mínimos a través de los cuales vivimos, esos modestos discursos de la cotidianidad que nos acompañan desde la cuna hasta la tumba, y hacerlo con ánimo desprejuiciado y agradecido, casi tierno. Parte de un principio que aprendí de Joel cuando rondaba yo los veinticinco años y que guió su trabajo en la literatura, la antropología y la promoción cultural: dadas ciertas circunstancias, toda la cultura del planeta puede estar colocada en un punto mínimo. Así lo repetí siempre, desde los primeros viajes a las comunidades haitianas de la Sierra Maestra, cuando nada teníamos, salvo los magros trece pesos de

dieta que nos daba Cultura y nuestras ideas, así que era necesario jugar al ping pong con estas últimas para aliviar las largas caminatas por senderos que malamente merecían ese nombre, o las no menos extendidas esperas por algún camionero bondadoso al borde de la carretera central.

El libro le debe también a Joel la distancia que toma frente a la fe casi religiosa que los investigadores suelen poner en los métodos y en las herramientas palpables (documentos, encuestas, etc.) de la investigación; el rechazo a la creencia de que la verdad solo puede alcanzarse desde lo comprobable o lo que se expresa mediante regularidades visibles. La obra historiográfica y antropológica de Joel James está llena de vislumbres geniales, de intuiciones tremendas, de un respeto extraordinario por aquello que dentro de la cultura popular puede ser explicado con mucha dificultad porque vibra en una dimensión de lo inconsciente, de lo compartido mediante códigos cifrados en una clave que nada más el espíritu colectivo potencia. Estoy tratando de decir



Joel James Figarola

que entiendo como cualidad máxima de esa obra lo que vetan en ella los investigadores sociales ortodoxos y “científicos”: la manera en que allí se abrazan el pesquisidor penetrante, el novelista armador de ficciones y el usuario sin remilgos de la cultura popular.

Hoy, cabalgando sobre el éxito y la forma en que la muerte va lavando los recuerdos, nos sentimos tentados a rememorar solo las grandezas que fueron apareciendo en el camino. Yo también quiero recordar los malos momentos, los enormes tropiezos.

Tales aperturas permitieron a Joel una comprensión en extremo dialéctica y flexible de su objeto de estudio (la cultura caribeña) y de la verdad en tanto fin apetecible, así como de las posibilidades y límites que la investigación social tiene para acercarse a ella. Contrario a lo que algunos creen, el proyecto que partió desde las investigaciones realizadas en el seno del Cabildo Teatral Santiago, que fue ensayado en Las Noches Culturales de la Calle Heredia y terminó por articularse, primero en el Festival del Caribe, y después en la Casa del Caribe, no tiene nada de atrabiliario, casual ni (perdónenme el dominicanismo) medalaganario. Se asienta en una concepción muy precisa en torno a la fisonomía y especificidad de la cultura del Caribe.

Los que consideraban la extrema soltura del Festival del Caribe como desorganización inadmisibles para su gusto, hecho a los rituales de la cultura artística, jamás entendieron que ese proyecto (como la Casa del Caribe, al menos

en sus primeros tiempos) estaba montado sobre una comprensión esencial de la cultura popular caribeña: aquello que está perpetuamente resolviéndose en una propuesta de inconclusión no puede someterse a un guión cerrado y definitivo, so pena de quedar tan inmóvil e inauténtico como esos tristes objetos que nos miran desde las vitrinas de los museos.

Ahora que está muerto, puedo hacer lo que jamás hice para no formar fila en el ejército de los alabarderos que jamás faltan alrededor del poder o de los espacios promisorios: agradecer a Joel James por la posibilidad que me dio (o que a veces le robé) de aprender cuando estuvimos de acuerdo y cuando no lo estuvimos también. Debo a su cuento “Oficio de funerario” la impactante experiencia (al menos para el escritor en despegue que entonces era) de ver cómo la sabia manipulación de una estructura narrativa puede construir una realidad significativa única, una multiplicidad de sentidos contundente e imposible fuera de la palabra. Claro que ya había visto eso en Borges, Cortázar, Carpentier, Onelio y otro montón de narradores; pero aquellos eran apenas nombres que la gente pronunciaba con la reverencia de lo intocable; Joel estaba ahí, vivo y cotidiano, caminando a mi lado entre el polvo de los vericuetos montañosos, durmiendo donde nos agarrara la noche, ahogándose de asma en medio del amanecer descampado. También me enseñó por rechazo. Le debo la conciencia de que cada cual tiene un modo diferente de enfrentar la literatura, y de que su forma impulsiva y descuidada de escribir (que, reconozco, en su caso produjo algunas páginas narrativas admirables) no servía para mi proyecto personal. Fueron infinitas las horas que gastamos en discutir (a veces bastante agriamente) su rechazo a lo que él consideraba un excesivo atildamiento formal.

Joel James fue un elegido, uno de esos extraños seres que portan un proyecto cultural auténtico, sembrado en las raíces más profundas de la cultura popular cubana. Pero en su caso la naturaleza se extremó: le dio una agudísima facultad para interpretar señales, algunas muy ocultas; le dio el talento para organizar una estructura de pensamiento coherente, atrevida y en extremo personal; y le dio un olfato político excepcional, que le permitió echar a andar el proyecto y hacerlo navegar en medio de una

muy compleja marea de tensiones político-sociales, al amparo de los peligros que siempre representaron las perspectivas culturales elitistas, las centralizaciones excesivas y una burocracia mayormente mostrenca y, a veces, malsana, que jamás decía sí cuando encontraba un pretexto para decir no. Hoy, cabalgando sobre el éxito y la forma en que la muerte va lavando los recuerdos, nos sentimos tentados a rememorar solo las grandezas que fueron apareciendo en el camino. Yo también quiero recordar los malos momentos, los enormes tropiezos. Alrededor de 1985 la revista *Del Caribe* se trancó y llegamos a temer que se nos muriera en las manos. Luego, con la entrada del período especial (y ya cuando Jorge Luis Hernández estaba conmigo en la revista) quisieron fundirnos con los *Anales del Caribe*, lo que habría borrado nuestra identidad editorial. Hubo una edición del Festival que transcurrió en absoluta miseria y abandono, al extremo de que me hizo pensar en el fin. No quiero olvidar esos y otros pésimos momentos porque humanizan el camino y porque me traen a la memoria la extraordinaria sagacidad de Joel para maniobrar en mares de tormenta.

La primera edición del Festival (organizada gracias a la entrega de mucha gente, la amplitud mental de Manuel Rondón Medina y los contactos de Freddy Mateo) abarcó la mitad oriental del país. Rogelio Meneses viajó a Camagüey, Raúl Pomares (si no me falla la memoria) fue a las provincias villareñas, mientras Joel y yo recorrimos las provincias orientales, con el auxilio de una cadena de amigos que en cada ciudad nos abrían la puerta de su casa. Comenzamos subiendo a la Sierra, para tratar de enrollar a las comunidades haitianas. Nunca olvidaré la apatía (casi podría decir el desprecio) con que nos recibieron en la que considerábamos la comunidad haitiana culturalmente más importante. La manera en que nos ignoraban era tan embarazosa, que nos

vimos obligados a fingirnos interesados en un piquete de dominó que desarrollaban (sin camisa y vociferantes) varios miembros de la comunidad. Heredábamos las consecuencias de una práctica muy frecuente: los “investigadores” que venían de la capital, filmaban a los grupos portadores y les hacían infinitas promesas que, de más está decirlo, nunca cumplían. No quiero decir lo que pasó cuando logramos reunir a los principales del grupo y les dijimos que queríamos llevarlos a un festival en Santiago de Cuba, lo dejo a la buena imaginación del lector. El Festival del Caribe (y la Casa) no solo tuvo que convencer a quienes dirigían la política cultural del país, a quienes manejaban (con avara predisposición de tahúres interesados) los

recursos de Cultura y a la comunidad artística del país, recelosa frente a una propuesta demasiado teñida de negro y de pueblo. Tuvo que enamorar a sus protagonistas principales, a aquellos para los cuales se buscaba diseñar un espacio y un reconocimiento social que merecían de sobra: los portadores de la cultura popular.

Fue posible domeñar todas esas dificultades

porque el proyecto concebido y capitaneado por Joel James entendía la cultura nacional cubana como un sistema y tomaba cuerpo a partir del drástico reconocimiento de las diferencias culturales que existen entre las diversas regiones cubanas. Potenciar esas diferencias regionales es la única manera de enriquecer una cultura nacional hecha de integración y mezcla. El proyecto que Joel hizo culminar en el Festival y la Casa del Caribe se movía entre dos polos extremos: el barrio como célula fundamental, productora y diferenciadora de la cultura popular, y la cultura nacional, que para él encontraba una de sus más altas expresiones en la revolución cubana, instancia integradora y garantía de cohesión entre los disímiles y complejos ingredientes del corpus cultural cubano. La vida de Joel James cobraba sentido dentro de esos

El proyecto que Joel hizo culminar en el Festival y la Casa del Caribe se movía entre dos polos extremos: el barrio como célula fundamental (...) y la cultura nacional, [...]



dos polos: por eso jamás aceptó los numerosos cargos ministeriales que lo habrían alejado del oriente cubano; por eso todos sabíamos que jamás optaría por vivir fuera de Cuba o al margen de la revolución.

La Casa del Caribe no fue (como tantos otros que vimos a lo largo del camino) el proyecto levantado por un intelectual deseoso de hacerse visible para acceder al maná de los puestos ministeriales y/o capitalinos. El Festival (y la Casa, claro) fueron un posicionamiento frente a la cultura, una forma de vivir a través de la cultura, de generar sentidos y acercar a las personas desde la cultura. La tarde del día en que la Casa del Caribe sería inaugurada (y no recuerdo por cuál razón) dimos Joel y yo la vuelta al inmueble por fuera. Él me dijo: “Aquí tenemos una trinchera donde

desarrollar la obra del resto de nuestras vidas”. Un año después, cuando salió el primer número de la revista *Del Caribe* y mientras nos dirigíamos hacia el Círculo Social Orestes Acosta, le dije: “Acabamos de fundar la Casa otra vez”. Mi comentario le pareció tan excesivo como me había parecido antes el suyo.

Puede que ambos estuviéramos equivocados y, al mismo tiempo, tuviéramos algo de razón.

Una de esas madrugadas de trabajo que solo podían soportarse con cuatro tragos de ron bien empalmados, el dilecto Carlos López le reclamó a Joel que no se ocupaba de ir guardando para la posteridad las pistas del trabajo que hacía. Joel le respondió que lo suyo era marcar huellas que otros se encargarían de leer en el futuro. Con la muerte de Joel, ha llegado el momento de comenzar a organizar y decodificar esas huellas. Hay que hacerlo ahora, cuando todavía pueden registrarse los matices que no permitirían convertir el pasado en una alabanza de perfección y, por tanto, en un canto triunfalista y deshumanizado. Buena parte de esa historia, a lo largo de veintitantos años, está en la revista *Del Caribe*. Otra parte está en los protagonistas, todavía vivos, de la gesta. Al final, yo estaba equivocado: Joel James no sería nuestra nganga protectora contra la muerte y el deterioro. Nosotros somos las ngangas en las que seguirá vivo hasta que nos vayamos reuniendo con él, hasta que este, su tiempo, no sea más que historia consagrada, que es una forma diferente de vida.

Irse lejos tiene muchas desventajas. Entre otras, por el hecho de que la gente querida se nos muere en una distancia difusa y frustrante. Pero tiene también sus ventajas. No vi morir a Joel y, por tanto, declaro que sigue vivo, en el mismo sitio intocado de la memoria que ocupaba antes. Queda atrapado para siempre en la imagen de su última visita a mi casa de Santo Domingo, y en la sinceridad con que al preguntar por mi hijo Claudio, dijo, casi para sí: “Tú no sabes lo que yo pienso en ese muchacho”. Me volvieron a la cabeza todo el tiempo mientras una amiga que lo quiso, y que me quiere, enviaba mensajes sobre la evolución de su enfermedad. El último mensaje informaba que Joel estaba de muerte y, en su inconsciencia, pedía ron. Me sentí aliviado, muy aliviado. Así quiero morir un día. Espero, al final del camino, tenerlo tan cerca como en aquellas jornadas de la Sierra Maestra, cuando su asma y mi tozudez pugnaban para coronar las cumbres y domar la incredulidad de la gente; ahí, a mi lado, para recordarme que morir puede ser la más completa manifestación de lo auténtico.

Fernández-Pequeño recuerda, a quien nunca olvidamos